



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 17. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. |

2 Mayo 1875.

| Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. — Trajes para paseo. — Vestido con túnica. — Vestido de falda bullonada. — Coraza bordada. — Coraza de faya y terciopelo guarnecida de pluma. — Traje para jovencita. — Vestido con mantelo. — Vestido con chaqueta. — Traje de primavera. — Vestido bullonado. — Vestido con mantelo para niña. — Vestido bullonado. — Peinado *Carlota*, para teatro. — Sombrero de tul negro. — Sombrero de paja y faya. — Anastilla para escurrir la ensalada. — Malla para cocer huevos. — Broche para cinturón. — Atril y alfombra bordados. — Cenefas de cadeneta. — Cenefa de cañamazo. — Flores de pluma.

SUMARIO.

Azahar. — Flores de lana. *Campanilla*. — LITERATURA: Constantino y la Cruz de Mayo, por Francisco Guerrero y García. — A Esmeralda Cervantes, poesía, por Angela Grassi. — Galicia y el Dos de Mayo, por el Dr. Lopez de la Vega. — Viajes, por Rosalba. — Gertrudis Gomez Avellaneda por Guimar de Toranzo. — Un elijan concuyl, por Salvador María de Fábregues. — Recuerdos y esperanzas, por Juan José. — Charada. — Economía doméstica. — Explicación de la *Lámina de confecciones*. — Explicación del figurin.

REVISTA DE MODAS.

«La suerte está echada, y el don de la elegancia será otorgado á las delgadas», escribe una célebre cronista de modas parisién. Y en efecto, el carácter que presenta la moda actual no se adapta bien á las personas gruesas: no solo los talles se van prolongando más cada día, sino que han de ser delgados y las caderas casi desaparecen. ¡Terrible problema! Aumentarlas era fácil por medio del almidon y de la crinolina... ¡pero disminuirlas! Y sin embargo, no hay remedio: tal es el último decreto de la Moda, y como la travesura de ella no es mayor que el ingenio de la mujer, yo os pondré en el secreto para conseguirlo. Córtanse las faldas muy nesgadas de adelante y del costado, se hacen lo mismo las tunicas princesa y los mantelos; esto es, muy ceñido por arriba, y se lleva debajo la menos ropa posible; y las enaguas, sean de abrigo ó de vestir, pegadas á un canesú, cortadas asimismo en nesga y montadas á pliegues. Por estos medios la señora gruesa pierde la mitad de su bulto, y la delgada no necesita apelar á tantos extremos, porque no consejo á unas ni á otras la exageración. Si en todo cambio de la Moda es recomendable la prudencia, lo es mucho más en la ocasión presente, en que la mujer resulta tan delgada, tan flexible, tan pretenciosa, que si no son su figura y maneras de gran distinción, podría parecer ridícula. Las faldas muy lisas, las tunicas princesa abrochada con trencilla por detras, las corazas lo mismo y los echarpes que atraviesan la falda á mitad de su altura para anudarse por detras sobre la puntaguda cola, los recomiendo solo á las personas jóvenes, esbeltas y cuya posición les permita brillar en el mundo... Para el resto de las mortales que se confunden entre la generalidad y lucen solo en el círculo de su familia y de sus amigos de confianza, sigue siendo lo más propio el mantelo con caídas por detras y no muy plegado, ó la túnica abrochada en todo su largo y recogida sencillamente por los lados, traje siempre elegante que disimula los errores de la naturaleza, de los años y de la fortuna.

Como trajes primaverales para las jóvenes, son de muy buen gusto los de combinación escocesa, haciendo la túnica á cuadros en dos colores, uno de ellos correspondiente á la falda primera y sin mangas, que deberán ser de la tela de la falda, con vuelta ó guarniciones de la tela escocesa. La forma de estas tunicas es lisa, de forma princesa, con recogidos naturales y sin adorno, ó lo más con un plegado alrededor de la tela de la falda. En blan-



1. Vestido con túnica.

1 y 2. TRAJES PARA PASEO.

2. Vestido falda de bullonada.

co y habana con falda habana, en blanco y azul con falda azul, ó en negro y colores con falda negra, son tunicas muy preciosas y elegantes. Como tunicas más ricas y destinadas á persona de más carácter, figuran las de fondo de Cluny con arabescos de aplicación encima: las hay negras de mucho valor y distinción, con la aplicación de cachemir bordada de azabache, y no podeis figuraros el efecto de estos arabescos y palmas sobre un fondo de tul,

otras se levanta á un lado con un lazo bonito ó una flor, y otras, por fin, baja ligeramente inclinada del centro formando un ala María Stuard. De todos modos el ala se adorna por delante bien con una ligerísima guirnalda de flores ó de follaje, bien con una ruche de faya, bien, finalmente, con pluma de dos ó tres tonos que jueguen con el sombrero. Las bridas de tul se han indicado, pero no las adoptan más que las personas de carácter, nunca las jóvenes.

que resalta maravillosamente sobre traje de color. Sobre falda gris plata, una de estas tunicas hará un atavío de gran magestad. El mismo estilo ha venido en Cluny color crudo, con las aplicaciones de batista cruda, y estas bordadas con blanco. Fleco de hilo crudo guarnece la túnica ó el delantal y la coraza, que de ambas hechuras han venido cortes, y resultan sobre un vestido negro como un encaje.

Hácese tambien muchos vestidos de dos tonos, y entre ellos el crudo y color de nuez hacen una combinación elegante sin pecar de pretenciosa. Algunos vestidos se hacen sin túnica, con la falda bullonada por delante, de los que os ofrece modelo este mismo número, y tengo á la vista un traje en los mismos dos colores antes citados, que trataré de describir: la falda color de nuez va adornada por delante de tres grandes tablas de tafetan crudo que marcan perpendiculares el centro y orillas del delantal, ocupando el espacio entre ellos bieses colocados en sesgo y separados para dejar ver el fondo de otro color: por detras la falda lleva un volante plegado y un bullonado fruncido con tres bieses más altos, todo en crudo sobre el otro color. La chaqueta, de color crudo, lleva alrededor patas color de nuez, y de la espalda bajan unas caídas forradas de este color que sujetan, formando ondas, dos paños que salen de la última tabla del delantal á formar una graciosa túnica solo por la parte de atras.

Los sombreros de paja han entrado en campaña mucho más temprano que otros años, y son ya muchas las señoras que los ostentan negros ó del color del vestido. El sombrero para ser elegante debe corresponder al color del traje en su fondo ó sus adornos. Los de paja negra adornados con cinta renacimiento, azul ó rosa pálido, y con una pluma de dos tonos, son lo supremo de la elegancia: algunos se hacen de faya ó de paja de arroz, con el ala forrada de faya muy plegadita; y como formas, la de cona baja y ala redonda (sombrero *Ofelia*) goza por el momento de todo el favor de la Moda. Esta gran ala unas veces se deja redonda, con una corona delante de rosas de musgo,

La perfumería es de gran importancia en el tocado de la mujer, y la verdaderamente distinguida se hace notar por el perfume que usa siempre el mismo y siempre solo. Nada hay más deplorable que la confusión de esencias, que no deja percibir ninguna con claridad, y por eso yo á mis lectoras les aconsejaré escoger una, la misma para el cabello, para el jabon, para los pañuelos y para los *sachets* que guardan entre su ropa. La *perfumería inglesa* de la Carrera de San Jerónimo, ha traído perfumes de gran novedad, y entre ellos os recomendaré el de violeta de Parmas y el de opoponax, el jabon de colcreamd, de este mismo olor, y los polvos de arroz de Bairon. Nada os quiero decir de los regeneradores de la hermosura y el cabello que ofrece esta nueva y surtida casa, porque son dos secretos que debería transmitir al oído, y como no puedo, os aconsejo que vayáis por la perfumería y allí os los dirán muy bajito, muy bajito... ¡Usadlos; pero no los divulgéis!

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA PASEO.

1. *Vestido con túnica*.—Es de armure de lana azul oscuro, recogida la túnica del costado por medio de cordón pasado en una jareta: la espalda es plegada y de una pieza, y va adornada la túnica alrededor por siete pespuntos á la máquina y por delante con biesses orillados de seda de color más claro, así como el cuello y vueltas de mangas: gran bolsillo cuadrado con botones y lazos completan la túnica. La falda no lleva más adorno que un ancho biés con tres vivos de seda. Sombrero de paja negra con lazos azules de faya.

2. *Vestido bullonado*.—Todo el paño de delante va fruncido á lo ancho y á los lados; lleva otro gran bullon con cabeza á cada borde y salpicado de lazos: este bullonado se repite en el centro de la tabla de atras. Chaqueta y mangas adornadas de plegados, y sombrero de faya con bridas de tul.

3 Y 4. PEINADO PARA TEATRO.

Los bandós, ligeramente rizados, van levantados sobre crepé, y las puntas, cuando se tiene el cabello largo, sirven para las cocas superiores ó para el centro. El resto del peinado se compone de dos trenzas ó retorcidos flojos, colocados como muestran los núms. 3 y 4, que presentan el peinado por delante y por detras.

5 Y 6. SOMBREROS.

El primero es de tul negro, con fondo bullonado y ala cubierta de crespon en tres dobleces, sobre el cual se coloca el tul: un plegado del mismo tul rodea el fondo, y el adorno le forman lazos de cinta azul, follaje gris-acero y flores de cuentas azuladas. El lazo de cinta que descien- de por detras necesita un metro 75 cents. de cinta estre- cha, y las bridas, de tul, tienen cada una 93 cents. de lar- go por 30 de ancho.

El segundo, núm. 6, es de paja con ala levantada por delante y forrada de tafetan azul á plieguecitos: el fondo ovalado va rodeado de cinta, cuyas puntas anudadas, descenden por detras; otro lazo va por delante en el ala y completa el adorno una rama de margaritas.

7 Y 8. CORAZAS.

La primera, núm. 7, es de faya negra, ricamente bor- dada al pasado con seda de colores y cuentas de acero: fleco de seda con cuentas de acero la completan.

La segunda, hecha á tiras plegadas de faya y tiras de terciopelo, juntándose en pico en el centro de la espal- da y pecho, va guarnecida de una tira de pluma de 4 á 5 cents. de ancha.

9 Y 10. VESTIDOS PARA SALON.

9. *Vestido con cuerpo-coraza*.—Es de lana siciliana, de color salmon bajo, con el paño de delante adornado de guarniciones á tablas y biés á la pegadura: la parte su- perior de la manga repite en todo su largo esta doble guarnicion, y el cuerpo-coraza lleva muchos biesscitos que bajan en peto: los volantes de las mangas y el cuello llevan pequeño biés al borde.

10. *Vestido con chaqueta*.—Es de armure de lana, co- lor gris plata, con la falda adornada por delante de vo- lantes de distintos anchos y por detras de la gran tabla. La chaqueta, larga, lleva la aldeta abierta por detras y abrochada con cordón de seda, rematado en borlas lo mismo que las vueltas de manga. El resto del adorno consiste en ribetes de seda, y forrada de seda va tam- bien la gola.

11 Y 12. VESTIDOS PARA JOVENCITAS.

11. *Vestido con túnica*.—Este modelo de primavera es una combinacion de tela lisa y escocesa, de gran nove- dad por el momento. La falda y coraza son de seda á cuadros ó seda y lana, con volante á tablas la primera y la túnica de tela lisa del color del fondo ó de la raya: el cuello de la coraza es liso, y por el contrario, el adorno de mangas escocés.

12. *Vestido con mantelo*.—Puede hacerse en lana ó en seda: las caídas que bajan por detras tienen de 40 á 50 cents. de largo y salen de la misma espalda de la cha- queta: volante fruncido adorna la falda y biesses de seda de otro teno el mantelo, que se repite en la chaqueta y manga.

13 Y 14. VESTIDOS PARA PASEO.

13. *Vestido con mantelo*.—El adorno de la falda, más alto por detras que por delante, consiste en volantes y plegados de distintos anchos. Coraza y mantelo, sin más adorno que un ribete de seda y el último anudado por detras con bridas de seda: manga bullonada terminada en el bajo por un plegado. Sombrero de faya del color del vestido.

14. *Vestido sin túnica*.—Es de faya color de ciruela, el bajo de la falda con dos volantes anchos con cabeza y rizados con tres frunces; el paño de delante rizado en el centro con nueve frunces perpendiculares, y luego un ancho bullon rematado á los lados por cabeza frun- cida como los volantes. El costado va adornado de tres plegados perpendiculares separados por biesses, y todo el centro de atras liso y plegado en la gran tabla. La cha- queta y cuello no llevan más que un ribete de seda y la manga un doble plegado sujeto con lazo.

15. CANASTILLA PARA ESCURRIR LA ENSALADA.

Materiales: Hilo gris, algodón blanco y encarnado, cinco agu- jas de acero gruesas, tres ballenas ó juncos de 86 cents. de largo.

Este modelo, cuyo fondo tiene 80 cents. de circunfe- rencia, se ejecuta á punto de media y á rayas grises, blancas y encarnadas. Se trabaja en redondo y empe- zando por el centro del fondo, y la forma que muestra el modelo se obtiene con ballenas que se pasan despues de concluida la labor. Principiase por montar 16 pto. con el hilo gris y se hacen 4 vueltas del derecho; despues se pone el hilo blanco y se ejecutan 5 vueltas caladas, y en la tercera de estas se hace, para ensanchar la labor, 2 tra- billas y un meng. repetido en toda la vuelta, haciendo en las dos trab. á la vuelta siguiente 2 pto. del derecho y 2 del revés. Así se obtienen 40 pto., con los que se hace una vuelta blanca del revés y 7 grises del derecho. Sigue á estos una segunda raya blanca, aumentando, como en la anterior, con lo cual se llega á 80 pto.; siguen de nuevo 7 vueltas grises, hasta la tercera raya blanca cala- da que hace llegar el número de puntos á 120. Las 7 vueltas grises se repiten todavía una vez, y el borde, así como los otros en que se pasan las ballenas, se marcan por una tira calada con encarnado de otras 5 vueltas. Forma el fruncido en el borde, primero una hilera de bar- ras de crochet y de festones, cada uno de 7 barras y un punto doble, y el asa se compone de dos cordones retor- cidos, blanco y encarnado, cada uno de 36 cents. de largo. La ballena superior puede ser algo más corta que las otras dos.

16 Y 17. FLORES DE PLUMA.—AZAHAR.

Materiales: Plumas de pato lavadas con agua y jabon, sémola mezclada de azufre, alambre, seda lisa verde, papel de seda verde.

Fórmense los estambres de pluma pasados por las puntas en sémola azufrada, y sujetos alrededor de un alambre, en el que se colocan cinco pétalos como mues- tra el dibujo, cortados de pluma por el núm. 17. El nú- mero 16 muestra la forma del follaje.

18. FLORES DE LANA.—CAMPANILLA.

Materiales: Tres tonos de lana céfiro granate y negra, alam- bre de diferentes tamaños, seda lisa color de madera para ves- tir los troncos.

Estas flores, hechas á feston, son de gran facilidad y se ejecutan los festones unidos unos á otros, como muestra el dibujo, y alternando los colores. El año anterior he- mos publicado detalles más minuciosos de esta labor.

19. CINTA DE CUENTAS PARA EL CABELLO.

Hácese con cuentas negras ó azuladas, de 50 cents. de ancho la cinta, y ensartadas en hilo fuerte para que la cinta tenga solidez.

20. MALLA PARA COCER HUEVOS.

Materiales: Hilo gris núm. 30, algodón encarnado y una va- rita de junco de 94 cents. de largo.

Ejecútase á crochet, empezando por el borde inferior, que se junta en frunce bajo una borla, y se comienza por 47 pto., sobre los que se van haciendo vueltas igua- les en festones de 5 pto., enganchados siempre en el cen- tro del feston anterior. La varita de junco, vestida de puntos encarnados, se pasa por la última vuelta y per- mite retirar la malla del agua cociendo.

21. BROCHE PARA CINTURON.

Materiales: Cuentas de acero menudas, clavos de azabache, terciopelo negro, alambre y carton.

Cada una de estas rosas está ejecutada sobre un círcu- lo de carton forrado de terciopelo, y se reproducirá fácil- mente el dibujo de las cuentas sobre el terciopelo tenien- do á la vista el dibujo. Las rosas se colocan sobre dos traviesas de cinta, para poder mudarlas fácilmente de cinturon.

22 Y 23. VESTIDO CON MANTELO PARA NIÑA.

Ambos grabados muestran el mismo vestido de dos telas diferentes: el primero es de tela escocesa adornado de terciopelo negro, y el segundo es de diagonal gris con plegados, forrada la cabeza de seda azul y fijos á la falda con un biés azul. Botones azules cierran el cuerpo y adorna- nan la aldeta por detras, y las pequeñas carteras de los bolsillos ribeteados de azul.

24 Y 25. CENEFAS BORDADAS.

La primera es de punto de tapicería ó lomillo, pudien- do servir para toallas, y la segunda está bordada á ca- deneta y punto ruso, pudiendo servir tambien para toa- llas adamascadas.

26. ATRIL Y ALFOMBRA BORDADOS.

El atril es de roble esculpido y movable sobre su pea- na, llevando en el centro un medallon bordado en ter- ciopelo negro con canutillo de oro. La alfombra es de felpa de color, con una cenefa bordada de tapicería, para la que han recibido nuestras lectoras dibujo en uno de los números de Abril.

JOAQUINA BALMASEDA.



CONSTANTINO Y LA CRUZ DE MAYO.

A la muerte de Constantino, emperador de Roma, que tuvo lugar el año 306 despues de Jesucristo, proclamaron á su hijo Constantino, contando por entonces Roma seis emperadores á la vez hasta 323, en que quedó el imperio todo bajo el cetro de Constantino. Este se hallaba dota- do de las más relevantes prendas: sencillo, valiente y atrevido en los combates, era generoso con los vencidos y protector de los débiles.

Affligida Roma en varias épocas por el hambre y la peste, Constantino más que emperador fué un verdadero padre del pueblo romano.

Fomentó las artes y las ciencias, favoreció la agricul- tura y despreció siempre las falsas y envidiosas acusacio- nes contra su persona.

A este emperador se debió la fundacion de Constanti- noplá, ciudad de Constantino. Al efecto eligió á Bizan- cio, edificada en suelo europeo, unos quinientos ó seis- cientos pasos distante del Asia, y el punto de más bellas posiciones para el logro de sus deseos, esto es: dirigir sus estados de Europa y estar al frente de las invasiones bárbaras.

Una vez fundada Constantinoplá, fué adornada con suntuosos templos en cuyas cúspides se alzaba una *crux*; espaciosos jardines y arbolados cubrían multitud de ca- lles y plazas, y hasta ordenó trajeran de lejanos países las mejores estatuas para ornamento de los edificios.

Grandes reformas llevó á cabo este benéfico emperador durante su reinado, y necesariamente tenía que suceder así, si el imperio romano había de gozar de paz, por la cual todos clamaban, y particularmente el pueblo, ago- biado bajo el peso de tantas y tan repetidas guerras como habían venido sucediéndose hasta los primeros días de su reinado.

¡Aquí debió, queridos niños, Constantino, el engrande- cimiento de Roma, que para elevarla á tan alto grado de

civilización, indudablemente tuvo que herir grandes intereses de antiguo creados? Al espíritu de fé cristiana que desde sus primeros años abrigó su pecho.

Una cruz, símbolo de nuestro PADRE REDENTOR DEL MUNDO, enseña del cristianismo, perseguido cruelmente por sus antecesores, fué para Constantino una antorcha, cuyos destellos refulgentes de luz civilizadora, iluminó el camino de tinieblas, de embrutecimiento y de barbarie en que se hallaba sumido el pueblo romano.

La Cruz, fué, pues, para Constantino y su pueblo la luz divina que abrió sus ojos á la razón y á la justicia, y consagrado todo á ella, no descansó un instante siquiera hasta ver realizados sus vastos proyectos, creando una nueva política basada en otra nueva religión, ó sea la de Cristo.

Raro fué por cierto este cambio de ideas, ó mejor dicho, conversión al cristianismo de un emperador en aquellos tiempos en que tan tenaz persecución hicieron sufrir á los cristianos, pero más raro fué el hecho siguiente de donde emanaron todas las virtudes de Constantino.

Muerto Licinio, ya el V de los seis emperadores, quedó Constantino único señor del imperio, y en ocasión en que Magencio, su competidor al trono, tenía sitiada á Roma. Con este motivo aprestó su ejército y se dirigió á Italia, si bien con el hondo pesar y la certeza de ser derrotado por las escasas fuerzas de que podía disponer, muy inferiores á las del poderoso Magencio, su enemigo; mas después de algunos días y noches de marcha, en una de estas últimas, serena y apacible como lo son las más de la risueña primavera, elevó ferviente súplica al Dios de los cristianos, pidiéndole amparo y protección en tan crítico cuanto peligroso lance. No bien acabó su oración, descendieron en el cielo él y sus huestes un vivo resplandor en forma de cruz, y al pie de esta un letrado que decía: CON ESTA VENCERÁS.

Este acontecimiento llenó de admiración y sorpresa á todos, y desde aquel momento tomó Constantino por enseña de su bravo ejército una cruz, la cual sustituyó al Águila, que ántes servía de estandarte á aquellos valientes guerreros.

La noche siguiente el mismo Jesucristo se le apareció en sueños diciéndole se aprovechara de aquel aviso que el cielo le había dado, y acto continuo sintió una agitación interior desconocida, despertó sobresaltado é inmediatamente mandó que en el centro del estandarte bordaran el nombre de Cristo.

Lleno de fé y religioso entusiasmo, al día siguiente presentó Constantino la batalla y derrotó completamente al ejército enemigo, compuesto de ciento ochenta mil combatientes.

Huyendo Magencio con algunos de sus soldados, al pasar un puente se hundió este y perecieron todos ahogados.

Cundiendo la noticia por todas partes, llegó Constantino á grangearse una vez más el aprecio del pueblo y del ejército todo, que ya adoraba en él, entrando triunfante en Roma, y siendo la mayor pompa de su victoria el estandarte con el nombre de Cristo pendiente de la Cruz.

Así, pues, con tan poderoso auxiliar y las grandes dotes que tenía para el mando y gobierno del imperio, continuó sin vacilar en sus reformas, y entre otras muchas permitió la libertad religiosa, con cuyo motivo regresaron á sus hogares los muchos cristianos que había huido por consecuencia de las crueles persecuciones de que habían sido objeto hasta entónces.

Si bien la propagación del cristianismo tomaba mayor incremento cuanto más crueles eran los martirios con que los emperadores mandaban atormentar á los infelices cristianos; no obstante, desde que Constantino reunido con Licinio en Milan, promulgó un edicto permitiendo la libertad religiosa, protegida por el concilio de Nicea en Bythina, hizo tan grandes progresos, que en muy poco tiempo se extendió por todo el Oriente y el Occidente, levantando en todas partes templos al Señor.

A ejemplo de Constantino, su madre Santa Elena, á los ochenta años de edad, con el deseo de hallar los instrumentos de muerte de Nuestro Señor Jesucristo, fué á Jerusalén á visitar los Santos Lugares, mandó reconocer el sepulcro de Jesús, que los judíos en odio del nombre Cristiano habían derruido y cubierto todo de tierra, y reconocido que fué, encontraron tres cruces del mismo tamaño y figura, y entre ellas un rótulo separado y bastante deteriorado, con estas palabras: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. No cabía duda que una de ellas era la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y las otras dos de los ladrones con él crucificados; mas cuál de las tres cruces era la de Jesús? Esta duda preocupó mucho á la madre de Constantino, que, firme en su propósito, no vaciló en ponerlo en conocimiento de San Macario, Obispo entónces de Jerusalén. Este prelado distinguido entre todos por el fervor de su fé y por su piedad, resolvió

para salir de dudas llevar las tres cruces á casa de una mujer que estaba agonizando, y aplicándoselas todas, las dos primeras no causaron en la paciente efecto alguno, mas así que le fué aplicada la tercera, en el mismo instante recaperó la salud, por lo cual se comprendió que esta era la cruz de Jesucristo.

Para cerciorarse más de la verdad, tendieron sobre las tres cruces tres cadáveres, é inmediatamente resucitó uno; el que se hallaba sobre la misma cruz que había obrado el milagro de devolver la salud á la moribunda.

Otros muchos milagros podríamos citar, pero nos absteneremos de ello por no molestar más la atención de nuestras cariñosas lectoras y queridos niños. Y para concluir, diremos que Constantino, á los treinta y un años de reinado y sesenta y cuatro de edad, se sintió enfermo; mandó que le bautizaran, y luego espiró diciendo: Que la vida en que entraba era la única verdadera.

Roma vistió de luto, y todo aquel pueblo ya más civilizado lloró su muerte, y millares de almas como él abrazaron la religión cristiana, recibiendo el agua del bautismo.

Ved ahí, niños queridos, explicada la INVENCIÓN DE LA SANTA CRUZ, cuyo principio fundamental para su adoración y conversión al cristianismo fué la aparición de la cruz en el cielo al Emperador Constantino y su ejército, cuya festividad celebra hoy la iglesia.

Y vosotros, padres de familia, ¿no admiráis esos grupos infantiles que os salen al encuentro con su platito en la mano diciendo con tierno acento: ¡UN CUARTITO PARA LA CRUZ DE MAYO! ¡Ah, sí! Tened el paso ante estos angelitos que con tanta fé y natural entusiasmo elevan por doquiera sus altares, recordándonos las glorias del cristianismo; ¡que vuestro óbolo sea un estímulo más para avivar la fé y la piedad en el alma de esas tiernas y hermosas criaturas, cooperando al mismo tiempo al triunfo de nuestra religión, cuya enseña en este día es la CRUZ DE MAYO: CRUZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

FRANCISCO GUERRERO GARCIA.

A LA CELEBRE ARPISTA NIÑA

ESMERALDA CERVANTES.

Palomita del cielo,
Blanca paloma,
Que las esferas dejas
Donde el sol mora;
Tierna avecilla,
¿Por qué aquí el vuelo tiendes
Do el mal se anida?

¿Qué buscas en la tierra,
Recinto infausto,
Donde todo es tristura,
Zozobra y llanto?
¡Ay, vuelve, vuelve
A las puras regiones
Do el bien se cierne!

—Del Arbitro Supremo
Soy mensajera,
Y un ramito de oliva
Traigo á la tierra:
Símbolo augusto,
De la paz que amoroso
Concede al mundo.

Traigo de las alturas
Los dulces ecos,
Que á las almas heridas
Prestan consuelo;
Ecos sublimes
De las arpas que pulsan
Los serafines...

Y las terrestres vías
Cruzo incansable,
Mi misión santa y bella
Cumpliendo amante,
Dando á las almas,
Que aquí tristes suspiran,
Fé y esperanza...

—Palomita del cielo,
Blanca paloma,
Cuyo arrullo suave
El alma arroba,
Sé bien venida,
Con tu dulce presente
De verde oliva.

Madrid y Abril del 75.

ANGELA GRASSI.

GALICIA Y EL 2 DE MAYO.

Hay entre España y Francia unas montañas casi inaccesibles, pero no menos magestuosas que ellas el *Medulio* y el *Paradanta* de nuestra hermosa Galicia, pues aún, á los pálidos rayos de la luna, ostentan la espléndida vegetación de sus bosques de robustos robles y esbeltos pinos, recordando al humilde vecino de la aldea, las épocas gloriosas de nuestras luchas contra invasores audaces, y diciendo mudamente al viajero: *¡Detén el paso y contempla los monumentos que la propia naturaleza consagra á los esforzados guerreros de Galicia, patria del génio y de la inspiración!*

Los Pirineos, que un escritor injusto de orillas del Sena, llamó el *centinela avanzado* de una Africa que no era la de Malte-Brun, de Humboldt ó Bomplad; los Pirineos fueron testigos un día de la derrota de las huestes de Carlo-Magno, allí en Roncesvalles, donde el bravo Bernardo del Carpio, el mejor hijo y más noble adalid que ha tenido la patria de Tubal, hizo tremolar el pendón de Covadonga, radiante de gloria y esplendor, invocando el nombre de un rey delirante, con frenético entusiasmo, para que concediese la libertad á su padre, á quien mandara quemar los ojos, para vengar un percalce de amor con su hermana Jimena, siendo el terror de las hordas agarenas, cuando ya Pelayo había puesto muchas hojas de inmarcesible laurel en la corona con que había de ceñirse,—merced al que llamaba *bastardo*, Alfonso el Casto,—la patria emancipada.

Siglos después, con las apariencias de una protección que no necesita España, pudo atravesar ese mismo Rubicon el proscrito de Santa Elena, pretendiendo vanamente uncir á los denodados descendientes de Padilla y de Lanuza, al carro de sus sangrientas conquistas, como si no hubiera en la tierra del Cid arrojados candillos que supiesen oponerle indomable resistencia, seguidos de todo un pueblo, ansioso como Ajax, de luz, de dignidad como Spartaco. Surgieron de humildes cabañas, guerreros como Mina; y al ruido de las turbulentas cataratas que se precipitaban de imponentes peñascos, el Leonidas imperturbable recogía trofeos inmortales, elevando al trono de Jehová himnos de alabanza, por haber permitido repeler con el empuje del Leon Ibérico, el Águila audaz que quería posar sus alas para siempre sobre la cúpula de la invencible Iberia.

Nuestros mares, nuestros golfos, nuestras bahías, el Mediterráneo, las grandes ciudades y las pequeñas aldeas, fueron teatro de la resistencia de nuestros padres, resplandeciendo el sol como nunca en su cénit, que arrojaba en los campamentos rayos de luz fascinadora: el alba, con sus blancos velos, se sonreía como en los primeros días de la creación; las flores mecidas por las áuras exhalaban esquisitos aromas; la oruga, la crisálida, la mariposa, acudían á tomar parte en el festín de las praderas; las brisas coloreaban las mejillas de aquellos guerreros; los arroyos serpeaban suavemente al pie de sus tiendas de campaña, llevando en sus plateados cáncres pétalos de rosas que iban á alfombrar la orilla. ¡Ay! un día con despojos iguales, las madres y esposas de esos héroes, tuvieron que cubrir el altar de sus catacumbas!

Por fin, cerca de la bella Helenes, en *Puente Sampayo*, dieron cima á su titánica lucha los altivos bravos de nuestra Independencia; allí donde el viajero puede leer en indelebles caracteres la inscripción que dice:

«De aqueste puente en célebre victoria,
Alzó Galicia el trono de su gloria.»

Ved allí, hermanos gallegos, cuán majestuosamente se ostenta la memoria de nuestros padres; cuán grandes y sublimes se proyectan esas letras, cuando en la bóveda de nuestro puro cielo brillan como lumbreras de tabernáculos millares de estrellas; cuando surcan las olas que baten contra el *Puente* las graciosas navecillas de nuestros marineros, entonando quizá una endecha á la memoria de los Chirinos y Nodales, figuras homéricas de esa ciudad de amores llamada Pontevedra, cuyas enhiestas montañas coronadas de árboles semejantes á los cedros del Líbano, formando un círculo que parece trazado por el cincel del arquitecto que elevó el majestuoso templo de Santa María, sorprenden al extranjero que visita nuestros risueños vergeles, haciéndole prorumpir en alabanzas que nacen de lo íntimo del corazón, aunque parezcan mentidas á algunos de sus hijos bastardos.

Pero en la portada de esa epopeya de nuestra independencia, que tiene una de sus bellas páginas en el *Puente Sampayo*, se destaca grande y melancólica, imponente y veneranda, la *pirámide del Dos de Mayo* en el pueblo que vió nacer á su cantor más grandilocuente, Quintana, el Tirteo español, cuya prepotente lira hizo estremecer á los vencedores de Marengo, con no menos efecto que el bélico clarín de nuestros soldados Mina, Daoiz y Velarde. ¡Quintana! nombre que arranca al bardo tor-

rentes de inspiracion. Este sábio, los otros héroes: todos grandes.

Porque si todas las virtudes pertenecen al sábio, el héroe suple las que le faltan con el esplendor de las que posee. Las virtudes del primero son templadas, pero sin mezcla de vicios; y si el segundo tiene defectos, los borra la brillantez de sus virtudes. El uno siempre sólido, nada tiene malo, y el otro siempre grande, nada tiene mediano.

Lloremos, pues, lágrimas á raudales por los héroes del Dos de Mayo, que hoy el pueblo español conmemora.

Olvidemos á la Francia de 1808: amemos á la Francia de Arago, de Lamartine, de Víctor Hugo, de Lavoissier,



3. Peinado Carlota, para teatro. (Véase el núm. 4).

de Andral, de Bompland, de Debreyne, de Balzac y de Spannet, y odiamos la guerra de conquista, esa esfinge temeraria que vomita veneno y se postra vencida ante el tridente de la fraternidad universal: la guerra de hoy es el amor, la justicia, la civilizacion humanitaria de las teorías morales, en union con los progresos materiales, de las ciencias físicas y exactas.

¡Bardos gallegos! vosotros lo sabeis: en Galicia tambien hay fibra exquisita en la mente y en el corazon. Galicia quiere tomar parte en todos los acontecimientos que revelen la fuerza del génio y de la ilustracion. Por eso vos-



7. Coraza de faya bordada.



5. Sombrero de tul negro.



6. Sombrero de paja y faya.

otros debeis llorar hoy, sino sobre la urna cineraria de las víctimas del Dos de Mayo, al pié de los cipreses que balancean sus pimpollos, en los aires de esos campos que riegan el labrador con el sudor de su frente. No os faltarán verduscos montecillos cerca de ese árbol de la muerte, representando surcos de sepulcros, ni dejareis de oír el acongojado ¡ay! de un peregrino que pide limosna en el peñasal de la ribera, ó el lloro de un infante que tiene á su madre cultivando la tierra, hasta que el sol oculte sus celajes en el azulado seno de Occidente.

Yo tambien doblo la cerviz llorando por las víctimas de nuestra independencia, por los héroes del Dos de Mayo, y me olvido tambien de mis penas y dolores, y miro furtiva-

mente hácia una mística flor que ayer cogí lozana en el jardín, olvidado por un momento de que la estacion del otoño no tardará en marchitar todo cuanto el Dos de Mayo, hoy, es galano y gentil en la naturaleza, á pesar del luto que aflige á todos los que sienten bullir en sus venas sangre española. Dijo bien el ilustre Jovellanos:

¡Triste destino del hombre
el nacer con amargura,
el vivir en desventura
y morir en el dolor!

Nubes y celajes de tristeza sombrean la frente de nuestra hermosa Galicia.



4. Peinado Carlota, para teatro. (Véase el núm. 3).

El corazon de los buenos gallegos está punzado con bárbaro rigor.

Las más bellas almas de nuestro infortunado país pliegan sus albas hojas entristecidas.

Las zagalas de nuestros valles riegan las flores, lisongeadas con la alegría que les espera al abrirse su capullo: sus negros y rutilantes ojos, haciendo contraste con sus castos rubores, parecen esmaltados con los rubíes y esmeraldas de los primeros destellos de la aurora, mientras sus hermanos riegan con el llanto de su duelo las flores de sus ilusiones, perdidas en el árido desierto de la desgracia.



8. Coraza de faya y terciopelo guarnecida de pluma.

a en el
estacion
Dos de
á pesar
en sus
anos:

ente de

zado con
país plie-

es, lison-
capullo:
e con sus
s y esme-
entras sus
res de sus
gracia.



EL CORREO DE LA MODA.
Plaza de Isabel II.º 2. MADRID.

Espiritu-Santo, 18

Ayuntamiento de Madrid



291

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

La ch
nuestras
la místi
esencia
en éxtas
cedor, á
sombra
cancione
teatros,
mas don
Ellas
héroes d
Galicia s
de nues
de las be
cion de
(Mad

VI AJES.

CAZA AL TIGRE REAL, Á LA PANTERA DE ASIA Y AL JAGUAR DE AMÉRICA.

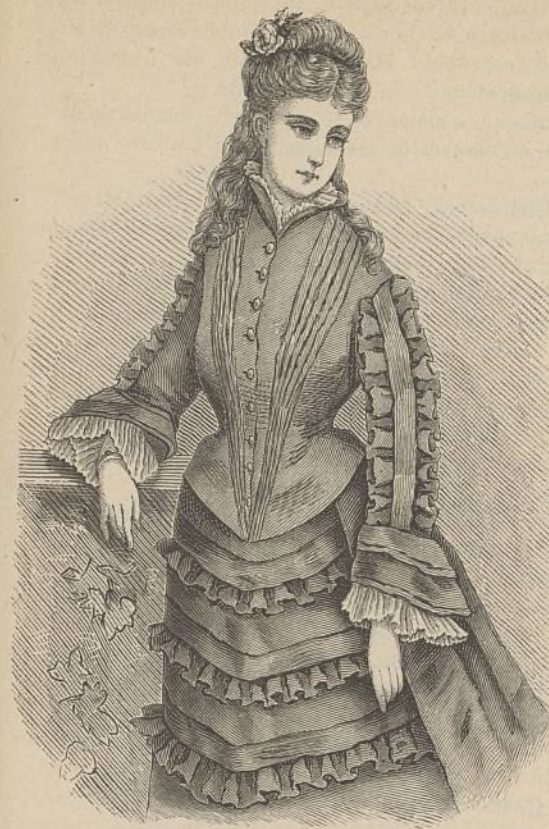
(Conclusion).

Y ahora que hemos hablado de este huésped fatal del Asia, sembrando por todas partes á su paso desolacion y muerte, permítaseme conducirlos de un brinco junto al jaguar, el tigre de América, más diestro que el primero, pero menos terrible.

Para aquel se necesita una trahilla completa, veinte cazadores, picas, tridentes, sables, puñales bien templados, balas; para este un hombre solo, un estilete, un caballo y un lazo.

El gaucha es un verdadero centauro; parte y se le ve en lontananza al punto. Oyese el grito del jaguar; ya está contento el gaucha, como si le acabara de invitar para una fiesta.

Un sombrero de fieltro de grandes alas, sujeto por una cinta bajo la barba, cubre su cabeza; en una pieza de tela cortada en redondo abre un agujero, y con esta capa llamada *poncho* en el país, abriga sus espaldas y hombros; la piel del revés del jarrete de un caballo le sirve de botas y envuelve su pié, excepto el dedo pulgar, que entra en un estribo triangular; despues pantalones de cuero, y en su mano derecha una ancha correguela, atada en sus dos extremidades á una especie de silla fuertemente cinchada bajo el vientre de su



9. Vestido con cuerpo-coraza.

La chispa del rocío que la alborada derrama en nuestras campiñas; la perfumada brisa que vaga á la mística hora de la oracion, parecen elevar su esencia al torneado cuello de aquellas huries, que en éxtasis de amor santo y profundo, adoran al Hacedor, á la orilla de nuestros mansos arroyos y á la sombra de nuestros frondosos árboles, entonando canciones que emulan, y aun superan, á las de los teatros, dando gran celebridad y honra á las *primas donnas* que las ejecutan.

Ellas elevarán tambien al cielo preces por los héroes del Dos de Mayo, acordándose de que en Galicia se realizó una de las más grandes epopeyas de nuestra independencia, haciéndose así dignas de las bendiciones del cielo y del aprecio y adoracion de las almas sensibles y generosas.

(Madrid).

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



11. Vestido con túnica. 12. Vestido con mantelo.



13. Vestido con mantelo.

compañero de peligro.

Con estos atavíos, el gaucha penetra en las más profundas soledades; desafia al *pampero*, terrible nivelador de las llanuras de América del Sur, y vuelve á Montevideo con un botín que podemos asegurar ha sido adquirido noblemente.

El lazo, ó para hablar con propiedad, el *lazo* del gaucha, puede medir de veinte á veintidos brazas; le coge con tal maña, que cuando lo agita forma al volverse dos nudos corredizos, que deben apoderarse del animal contra el que se ha dirigido.

Seguidme y vereis al gaucha en la maniobra terrible que se atreve á emprender.

Allí está el jaguar, el jaguar rápido y ligero como la pantera, flexible como el reptil, feroz como el tigre de Asia, y visitador como aquel de los cementerios, en los que abre las fosas para desenterrar los cadáveres.

Ya están en presencia uno de otro.

El caballo del gaucha sabe que si vuelve no tendrá defensor; así es, que siempre está frente á su enemigo; su amo le dirige breves palabras, por monosílabos, y sin embargo,



40. Vestido con chaqueta.

comprende perfectamente, porque es grande su inteligencia.

Sus jarretes se agitan febrilmente, sus narices se abren y se cierran, exhalando un vapor abrasador, sus orejas están tiesas como su crin, y su mirada dentro del ojo del tigre en acecho.

El gaucha se dice entonces á sí mismo:

—Alerta! allí está tu enemigo; el que viene á disputarte estas llanuras inmensas; no te dejes vencer, si no quieres que tus camaradas hablen de tí con desprecio. ¡Alerta, Jep! tú alcanzarás esta hermosa piel, que llevarás á Montevideo ó á Buenos-Aires, y la venderás en cinco ó seis duros. Que sea una verdad cuando digan que tú la has cogido al primer golpe del *lazo*. ¡Alerta, Jep!

Veinticinco pasos á lo más separan á los dos enemigos; aun se acercan más el uno al otro, y el temible *lazo* voltea siempre, y Jep el gaucha no habla.



14. Vestido bullonado.

Jep pica los hijares de su caballo con sus inmensas espuelas triangulares; lánzase el jaguar para agarrarse al pecho, pero el *laso*, más rápido que la fiera, ha partido, el tigre está cogido como por un boa, y Jep arrastra consigo al animal cautivo.

Cuando éste, atontado, aparece con todos los síntomas del vértigo, se detiene entonces Jep, se desmonta, se acerca y atraviesa el corazón del tigre aleopardado.

La piel estará virgen de toda otra mancha ó herida, y la reputación del gaucho quedará ilesa.

Si alguna vez el *laso* se ha dirigido mal, si el jaguar ha tocado el pecho ó los costados del caballo, el gaucho saca de sus vainas los dos puñales que lleva, y sin desmontarse combate á la fiera hambrienta, pincha sus carnes y la obliga á abandonar su presa.

Dos minutos de reposo bastan para rehacer el *laso* y arrojarlo de nuevo, y apenas hay ejemplo de que un gaucho haya errado dos veces á su víctima. Aun en ese caso, avergonzado de su torpeza, el cazador abandona su presa á las miriades de cuervos que revolotean sobre su cabeza, vuelve á la ciudad sin ningún despojo, y dice á sus amigos que no ha encontrado un jaguar en su escursión.

Por regla general dura dos meses.

Este Jep de que acabamos de hablar, era un hombre compuesto todo de músculos y nervios, de escasos cinco pies de estatura. La costumbre de estar siempre á caballo le había arqueado las piernas, la del cigarro le había ennegrecido los dedos y los dientes: fumaba continuamente, y nunca podía dormir sin un pedazo de tabaco en la boca. En su vida Jep había probado una gota de vino ni rum. Agua, ajos, cebollas, pan y un pedazo de vaca ó caballo asado en las brasas eran su alimento.

—¿Cuántos jaguares has muerto? le pregunté un día que le encontré en un café en Montevideo.

—No los he contado, me contestó, pero he cogido veinticinco al *laso*.

—Sin embargo, me han dicho que tú y tu hijo habeis despojado el país.

—Calumnias, dijo Jep arrojando el vaso con furor contra la pared; mi estilite ha muerto á muchos, es verdad; pero mi hijo se ha encargado de vengar mis derrotas, y hasta ahora no ha errado un solo jaguar con el *laso*. Es mi discípulo; mis faltas están redimidas. Además, prosiguió, si quereis acompañarme, mañana marchó para las Pampas, y os prometo que habeis de presenciar una batida que dejará profundos recuerdos en vuestra memoria.

Acepté, pues, una tan cordial invitación; pero dos días después de nuestra partida supliqué á Jep que me acompañara de nuevo para volver á Montevideo.

Las carreras de estos hombres son lo mismo que las ráfagas del desierto. Solo los patagones podrían disputarles el espacio.

Jep, ante mis ojos, había enlazado un jaguar como antes he dicho.

A pesar de todas estas bellezas, estamos por la caza de la perdiz y el ciervo de Europa, y hasta si se quiere, por la del javalí; los cazadores de jaguares y de tigres no vuelven muchas veces á sus casas, y en América, como en Asia, es un placer que se compra con frecuencia con dolores y no pocas lágrimas.

ROSALBA.

UN ELIJÁN CONYUGAL.

(Continuación).

VIII.

EL BAILE.

Brillantes estaban los salones de la baronesa del Lirio. Lo más florido de la corte los llenaba. El diplomático hacia rato que iba de un lado á otro entregado á un solo pensamiento: el de poder conseguir la conquista de la hermosa viuda.

La baronesa se presentó. La más graciosa sencillez presidía á su tocado, y aun así hubo rigoristas que se escandalizaron de que la joven viuda se diera tanta prisa en abrir sus salones, pesando malignamente el dolor de la condesa con las disposiciones testamentarias del difunto.

El gran número de personas que henchían sus salones no permitía á la condesa saludar á cada uno en particular; pero tan bien se condujo, que cada cual pudo creerse objeto de la amable y seductora sonrisa con que acompañaba sus saludos. Sandoval, así, como por casualidad, tropezó con ella, inclinándose graciosamente al estrechar su mano, que ella le abandonó con la mayor naturalidad y franqueza. Este hecho fué comentado por los que se jactaban de perspicaces, y parecía de feliz agüero para el diplomático, pues pocos eran los que ignoraban sus pretensiones.

Interrumpiéronse un momento las conversaciones al anunciar al general Ramirez y á la señorita de Villalobos, y aun no se habían cruzado cuatro palabras entre estos y la dueña de la casa, fueron anunciados el marqués de San Bruno y el conde del Soto.

La entrada de estos dos personajes produjo general sensación. Se sabía que el marqués era de los primeros en la lista de pretendientes; no se ignoraba que su amor tenía antigua fecha, y dada la alta idea que de él se tenía, todos le concedían grandes probabilidades de triunfo.

El otro personaje, cuyo nombre desconocido en Madrid sonaba por primera vez en los salones de la joven viuda, excitaba más la curiosidad que nadie, porque todos deseaban conocer al heredero del difunto conde, y los ojos estaban fijos en él.

El marqués entró llevando del brazo á su primo, y acercándose al sitio donde estaba la condesa, le dijo inclinándose ante ella profundamente:

—Señora, tengo el honor de presentar á V. al actual conde del Soto.

Estas palabras hicieron poner encarnada como una amapola á la que iban dirigidas, la cual, esquivando la mirada llena de ansiedad de Carlos, contestó:

—Ruego al señor conde reciba los homenajes que he rendido y rendiré siempre á la familia á que pertenece. Estos sitios están muy acostumbrados á respetar el título que lleva, y me sorprende haya necesitado quien le presentara.

—Es que... señora, el marqués es primo mío.

La condesa, vencida por el tono de tristeza y reconvencción con que Carlos pronunció estas palabras, alargó la mano al joven, que éste estrechó con pasión. Al mismo tiempo le dijo casi al oído:

—Procure V. esta noche hablarme en particular.

Al oír Carlos estas palabras, una nube cubrió sus ojos y un temblor nervioso agitó su cuerpo en tales términos, que hubiera caído á los pies de la condesa á no apoyarse en el marqués, que detrás de él estaba hablando con Sandoval.

La condesa mientras tanto, cogida del brazo de Irene, empezó á recorrer los grupos que por momentos se hacían más numerosos. A los pocos instantes hubo necesidad de abrir á la circulación las habitaciones más retiradas.

Carlos, abandonado por el marqués, que se había eclipsado con Sandoval, con el objeto que es de presumir, se vió arrastrado por la concurrencia al intrincado laberinto de los aposentos que no conocía, pensando en la orden singular que le habían dado, y sin atreverse á creer, á pesar de su explícito sentido, que la seductora viuda deseara realmente verle y hablarle sin testigos.

IX.

LA SEGUNDA ENTREVISTA.

Carlos sentía la emoción de la alegría. Una turbación como la que da la fiebre paralizaba la actividad de su espíritu. El brillo de las luces, el sofocante calor que reinaba en los salones, el torbellino del baile, le tenían mareado; necesitaba calma, silencio y soledad, pues á haber seguido mucho tiempo allí no hubiera podido resistir su cerebro sin estallar.

Siguió un corredor, al fin del cual tropezó con un portier, levantóle, y se encontró en una habitación; era el tocador de la condesa. La casualidad le conducía allí; estaba en el santuario donde diariamente la belleza que él adoraba con delirio se exhibía en toda su plenitud.

Su primera intención fué retirarse, pues juzgaba indiscreta su presencia en aquel sitio; pero la suave y embalsamada atmósfera que se respiraba allí, el aspecto fascinador que presentaba la habitación opacamente alumbrada por una lámpara pendiente del techo, le retuvieron á su pesar.

Dió algunos pasos por el tocador, cobrando aliento y paseando sus miradas á lo largo de los espesos cortinajes que ahogaban los rumores de la fiesta. Sus ojos, acostumbrándose á la semi-oscuridad que allí reinaba, contrastando con los torrentes de luz que había en los salones, distinguieron, reclinada en un sitio una forma blanca é indecisa que se levantó á su presencia.

—No es este, ciertamente, sitio para una entrevista, dijo la condesa, porque era ella; pero el gentío que inunda mis salones y la necesidad que tengo de hablarle á usted, creo que me justifican á sus ojos.

—Juro á V., señora, que involuntariamente me he atrevido á penetrar....

—En ese caso doy las gracias á la casualidad, y la aprovecho para pedir á V. una prueba de la bondad que le atribuyo....

—¿Una prueba de bondad! interrumpió Carlos, sor-

prendido de la voz algo trémula de la condesa; dirá usted una prueba de viva estimación, de afecto, que por usted he concebido. Hable V. señora, me juzgaré muy dichoso sirviéndola en lo que me pida.

—Pues bien, señor conde, ya que V. ha invocado el afecto, en nombre de ese sentimiento gratuito, injustificado....

—¿Qué dice V., señora? Perdón que la interrumpa; pero no puedo consentir el que V. diga que no está justificada la dulce inclinación de mi alma! Tan pronto tenía que olvidar los dos días que tuve la dicha de pasar á su lado, aquellas encantadoras conversaciones en que supo V. vencer, á fuerza de paciencia y gracia, la timidez que me ahogaba en un principio. Si la hablo á V. en este instante, si tengo la audacia de correr el velo de mi alma, ¿á quien debo esta felicidad sino á V., señora, á esa amable sonrisa que me alienta á mi pesar? ¡Oh! por piedad, no me diga V. que no debía amarla....

Calló Carlos. La palabra amar que involuntariamente se había escapado de sus labios, sonó de una manera tan extraña en sus oídos, que creyó haber proferido el más grosero insulto. De pie, delante de la condesa, con los ojos bajos, parecía un culpable que espera su castigo. Su voz tenía tal encanto, que el cándido joven no sospechó nunca; y la semi-oscuridad que reinaba en el tocador de la condesa permitió á esta señora, por fortuna, ocultar la emoción que las sencillas palabras de Carlos le habían producido.

—Cuando llamaba á Vd. lisa y llanamente Carlos, señor conde, dijo la condesa con bastante firmeza, me pareció V. un joven noble y leal, realizado por el candor y la ingenuidad natural, hoy no muy común. Hice mal, sin duda, en descubrir demasiado la simpatía que su carácter me inspiraba, y de seguro no la habría expresado tan francamente sabiendo que ocultaba V. su nombre.

—¡Ah! señora, ahora veo que hice bien en ocultarle.

Esta respuesta que caracterizaba el candor original de Carlos, hizo sonreír á la condesa, la cual prosiguió con la misma formalidad:

—Cuando conozca V. mejor el mundo, señor conde, y lo que hay que arriesgar para no dar pie á las hablillas y murmuraciones, me perdonará la severidad que ahora uso. Hasta entonces, lo repito, apelo á su amistad....

—¡Amistad!

—Déjeme V. continuar, dijo la condesa vivamente; sí, á su amistad; en nombre de este sentimiento que solo de sacrificios se alimenta, ruego á V... le suplico... que en lo sucesivo no me honre más con sus visitas.

—¿No verla á V. más? ¿Es esto lo que quiere V. decir? ¡Me arroja V. de su casa!...

Carlos no pudo continuar. Como herido del rayo, sus rodillas se doblaron y cayó desplomado en una butaca, ocultando el rostro entre las manos.

La condesa hizo como que no lo veía; se levantó, fué hacia un elegante mueble, tocó un resorte, abrió un cajón, y sacó un legajo de papeles que presentó á Carlos.

—Aquí tiene V. los documentos que debe tener en su poder, y que yo tenía vivos deseos de entregarle. Son los títulos de propiedad y las escrituras de arrendamiento, que justifican los ciento cincuenta mil duros de renta, que con el título de conde ha entrado V. á poseer. Reciba, pues, de mi mano la fortuna que tan dignamente recae en V., y que sirva para perpetuar en su persona una de las familias más antiguas y distinguidas de España, sin que el dueño actual de esa fortuna olvide nunca que es una de las personas que más estimo.

Para otro amante menos conmovido ó más experimentado que Carlos, no hubiera pasado desapercibida la emoción con que la condesa pronunció estas palabras, y hubiera dado margen para una escena más peligrosamente apasionada que la primera. Pero Carlos solo supo recibir en silencio los papeles que le entregó la hermosa viuda, á la cual vió presurosa encaminarse á la puerta, levantar el portier y desaparecer detrás de él, sin que el enamorado y turbado joven hiciera el menor esfuerzo para retenerla, ni menos para sacudir la pesadilla de que se creía objeto.

(Se continuará).

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ AVELLANEDA (1).

I.

En otros tiempos los pueblos guardaban con religiosa adoración las producciones de sus más gloriosos genios; y los libros de Homero, los poemas de Hesiodo, las odas

(1) Este notable artículo forma parte del precioso libro que con el título de *Metéoros*, acaba de publicar en Lisboa la eminente literata portuguesa Doña Guiomar de Torrezao, distinguida amiga nuestra, que está siendo la admiración del pueblo vecino. Publicamos con gusto este trabajo que ha traducido nuestra colaboradora Doña Emilia Martín de Díaz Pérez, el cual sirve para dar á conocer el aprecio en que nuestros hermanos los portugueses tenían á la Gomez Avellaneda, la mejor poetisa española.

de Pindaro y de Tirteo, como los versos de Safo y de Anacreonte, eran otras tantas reliquias consagradas á la santidad por el voto unánime de las naciones. Y poco más tarde, cuando esas soberanas sombras estaban veladas por los solitarios misterios que rodean los sarcófagos, no quedaba más que la pálida irradiación que todo astro deja en pos de sí al sumergirse en su ocaso, y en balde se buscaría cualquier indicio de la existencia real de esas divinidades olímpicas. Nacían, vivían y morían, sin que los contemporáneos cuidasen de archivar los principales hechos de esas existencias que la posteridad podría suponer unos mitos, no encontrando de ellas un solo vestigio que pudiese justificar la existencia de estos portentosos genios.

Desde Dante hasta Molière, nada se encuentra de positivo con relación á las biografías de esos gigantes en la literatura. La vida de Shakspeare es una fábula que cada cual ha explotado á su antojo, y otro tanto pasa con las de Quevedo y Cervantes. De Camões poco más se conoce que su muerte; de Molière, hasta muy poco há se ignoraba quiénes fueron sus padres, y hasta su mismo apellido. A Lope de Vega y Calderon de la Barca, ninguno de sus biógrafos podrá dedicarle con verdad tantas líneas cuantas componen los títulos de sus obras.

La generación presente, reflexionando sobre tamaña ingratitud, trató de vindicarse levantando estatuas á Camões y á Bocage, y sometiendo á un análisis minucioso las más leves particularidades de la vida y genio de Tasso, Milton, Racine y Byron.

El progreso, marchando á la luz de la civilización, no consiente nubes, ni aun de incienso, en el misterio de los sepulcros. Va, si necesario fuese, á exhumar los huesos, á desenterrar los cráneos. No basta la vida moral, mejor dicho, la vida ideal revelada en las grandes concepciones del genio: el ropaje artificial que á veces cubre de excesiva magestad á simples bustos de barro, hay que conocerlo para despojar al esqueleto de lo que á él no pertenece. Los espectadores de ahora quieren mirar á sus héroes á los rayos del claro sol, sin pedestal y sin cristales. Es un instinto, una necesidad de la época. Transijamos con ello.

II.

Nació Gertrudis Gomez de Avellaneda en la ciudad de Puerto-Príncipe (Isla de Cuba), en 1816. Fueron sus padres D. Manuel Gomez de Avellaneda, comandante de Marina de aquel puerto, natural de Constantina, pequeño pueblo de la provincia de Sevilla, y Doña Francisca Arteaga, cubana, aunque oriunda de familia española.

Mecida en la ardiente zona de las Antillas, después de los primeros años de su juventud reveló la gran poetisa una imaginación prodigiosa, ocupándose en un principio en traducir á Corneille y á Voltaire, que después representaba. El drama *Hernán-Cortés*, así como otros escritos, nacidos al calor de los primeros albores de su fecunda imaginación, han quedado ocultos y ya perdidos entre las leves puerilidades propias de la primera edad con que suele cubrirse la infancia de la vida.

A la mar, á ello, á la poesía, el amor, á la cruz, el orgullo, y la novela *Sab*, son joyas de sumo valor que ella misma grabara en el pedestal que la eleva sobre todas las mujeres de su época. Como Petrarca, como todos los poetas, sufrió desde un principio la oposición de sus padres á una pasión que en vano se aprestaban á querer extinguir cubriéndola del ridículo, y como acontece de ordinario también, esta contradicción en el alma de la Gertrudis, en vez de apagarla, inflamó la llama de su inspiración que le llevara á lo íntimo, á lo piramidal de la gloria.

Murió su padre, dejándola en la más tierna edad, casando á muy luego su madre con el coronel Escalada, con quien vino á Europa en 1836, arribando á Francia y viviendo algunos meses en Burdeos. De allí pasaron á residir á la Coruña, en tanto que en el Mediodía de Francia, como en el Norte de la Península, la hija de Cuba, que vivamente suspiraba por trasportarse á Europa, fué atacada de *nostalgia*, y el *splen*, vino á entumecer su espíritu. Aquella alma, toda inteligencia, se desencantó bajo los rayos del sol peninsular que acariciaban sus pensamientos. Y su lira entonces, afinada por estas saludables melancolías que rodea en esta vieja Europa los encantos de la naturaleza, resonaba cada vez más armoniosa. Trascurridos dos años, Gertrudis quiso visitar la patria del autor de sus días y marchó á Andalucía, residiendo alternativamente, ora en Cádiz, ora en Constantina, ora en Sevilla, siendo el encanto de aquel país, donde todo se brinda á la más dulce fantasía. En 1840, precedida por la fama que le dieran algunas de sus mejores poesías líricas, publicadas bajo el seudónimo de *Peregrina*, entró Gertrudis Avellaneda en Madrid, emporio de las letras españolas. Los tiempos no eran entonces muy propios para la literatura, porque la capital del rei-

no se agitaba entre los clamores de la guerra civil y las venalidades de la política turbulenta; así era, que se confundían frecuentemente los partes oficiales de las batallas de Navarra y Cataluña con las odas de Zorrilla, y con las composiciones de Espronceda, ese talento fugaz como la vida de los meteoros. No obstante, la Gertrudis de Avellaneda llegó á Madrid cuando la fiebre política declinaba, y aun llegó á tiempo de cantar al fragor de la lucha que consumía al pueblo español. Presentóse ante el pueblo madrileño con la frente coronada por los laureles que había recogido en los liceos y centros literarios de Sevilla, Málaga y Granada; y no obstante de los escollos con que la implacable sociedad siembra el camino de la mujer para cerrarle el campo de las letras con miserables obstáculos, la Avellaneda consiguió sobreponerse á todos ellos, saltando por las antipatías y recelos con el mágico atractivo de su hermosura y el encanto de su sobrenatural talento.

Un escritor célebre, al oírle recitar una de sus mejores composiciones, cuya dicción castiza y elegante contrastaba con los extravíos de la literatura masculina, exclamó entusiasmado:

¡Es mucho hombre esta mujer!

Todos los escritores de nombradía se reunieron en torno de la ilustre poetisa, saludándola y estimulándola á recoger cada día nuevos lauros. El talento de esta mujer privilegiada crecía así como las plantas, con el aire y la luz. Desde 1841 á 1843 publicó un volumen de poesías líricas, y las novelas tituladas *Dos mujeres*, *Espatolino* y *La Baronesa de Youx*.

A la soñadora fantasía de la Avellaneda no bastaban los vuelos de la paloma; se atrevió como el águila á remontarse á los cielos, escribiendo una tragedia para un público, para una escena y para una época en que la tragedia clásica estaba absolutamente decaída. Cábele á la Avellaneda restaurarla, y los ramilletes y coronas que durante toda la representación de *Alfonso Muño* llovieron á sus pies, probaron más que nada cuanto su gran talento podría producir en aras de las letras patrias. Con no menos aplauso acogió el público de Madrid, como los amantes de la buena literatura, *El Príncipe de Viana* y *Egilona*, de la misma autora.

(Se continuará.)

GUIOMAR TORREZAO.

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

Los campos están cubiertos de verde musgo, los árboles y las plantas ostentan sus flores perfumadas. Alegres son los rayos del sol, los ecos de la brisa, el susurrar de las fuentes, que al caer la tarde y en la alborada, mezclan sus vagos rumores con el canto de los pájaros. La naturaleza toda se despierta del pasado letargo; el amor renace: renace en el botón de las flores, bajo las azuladas ondas de los ríos y de los mares, en los espacios, donde los astros recobran nuevo brillo; en el corazón del hombre, que se agita y anhela cosas que jamás ha visto. Bien venida sea la primavera, bien venido el alegre Mayo y el amor que todo lo vivifica.

En la pasada semana, Madrid, olvidando sus amarguras, se ha vestido también de fiesta, como los campos, como el cielo.

¡Ah, que el corazón del hombre es inconstante y olvidadizo y le basta un solo momento para pasar del llanto á la sonrisa!

El que en la trascurrida semana hubiere llegado á la corte de improviso, hubiera creído que todos sus habitantes eran dichosos y nadaban en la opulencia. Solo se oía en las calles el estrepitoso rodar de los coches, solo se veían hombres y mujeres, cubiertos de lujosas galas, corriendo afanados para poder realizar el milagro de la publicidad y poderse hallar en todas partes.

La prensa diaria ha dado ya cuenta al público de todas las fiestas, de todas las solemnidades que se han venido sucediendo unas á otras.

La más bella, la más conmovedora de todas, ha sido el acto de colocar S. M. el Rey la primera piedra en el edificio que las Hermanitas de las pobres van á levantar para refugio de los ancianos desvalidos. El clero, la nobleza, el ejército, las autoridades y el pueblo estaban congregados allí, confundidas todas las almas en una sola aspiración: hacer bien y ejercer uno de los más tiernos actos de la caridad cristiana: enjugar las lágrimas de los que nos han precedido en la áspera senda de la vida.

No menos noble, no menos digno de un rey magnánimo y un pueblo culto, amante de sus propias glorias, fué el homenaje tributado al manco de Lepanto. Si espléndido y concurrido estuvo el acto del Senado, animados y concurridos estuvieron los teatros, y hasta en algunas casas particulares se celebró el apoteosis del inmortal Cervantes.

La niña Esmeralda, ó más bien Clotilde Cerdá, tocó en la sesión del Senado, sorprendiendo á la numerosa concurrencia con los dulces acordes de su arpa.

Ya se había dado á conocer en casa de la Sra. Condesa del Montijo, ante una sociedad numerosa, distinguida é inteligente.

Las duquesas de Montoro, Tamames, Medinaceli, Híjar y Unión de Cuba; las marquesas de Vallgornera, la Puente, Ulagares, Caracena, Tejada, Torrecilla y Castro-Serna; las condesas de Nava de Tajo, Puñonrostro, San Luis, Torrejón Castañeda, Añover, Campo de Alange; la mariscala Bazaine; las señoras y señoritas de Aranda, Albear, Bejarano, Calderon, Colon, Girón, Henestrosa, Luxán, Moyano, Monteagudo, Osma, Quesada, Prendergast, Prota, Rábago, Matheu Ramos, Dávila, Sartorius, Valera, etc., figuraban entre los oyentes, quienes dispensaron entusiasta acogida á la jóven é interesante artista.

Ejecutó ésta piezas de muy distinto género, la primera composición suya, y las otras de su maestro el célebre Godéroy.

En todas hizo alarde de valentía, espresión y sentimiento, ostentando á la par el gusto más delicado y exquisito.

En la titulada *Melancolía* el efecto fué todavía mayor, aplaudiéndola damas y caballeros con empeño y unanimidad.

Antes leyó el Sr. Retes el bello idilio *El amor que pasa*, que había dejado oír antes, cual saben los lectores, en casa del barón de Cortes. Ahora como entónces, fué escuchado con delicia é interrumpido á menudo por calorosas señales de aprobación.

Otras muchas fiestas se preparan antes de que nuestras bellas nos abandonen para ir á respirar la perfumada brisa de los campos.

Ojalá se realicen cuantas están anunciadas.

JUAN JOSÉ.

Soluciones á la primera charada inserta en el número 15 del CORREO correspondiente al 18 de Mayo, por las señoritas Doña Amalia Santos, de Talavera; Doña Florencia Diaz, de Badajoz; Doña Teresa Agudo, de Madrid, y Doña Jerónima Sanchez Carreño, de Toledo.

VIRIATO.

Todavía no hemos recibido ninguna á la 2.^a charada de dicho número, y por tanto aplazamos su solución para más adelante.

CHARADA.

La prima y cuarta
Es una estrella
Que admiro siempre
Que ver se deja.

Prima y segunda
Nombres recuerdan
De varia historia
Y no moderna.

Más ¡ay! unidas
Segunda y tertia
¡Qué de desdichas
Consigo llevan!

Y cosa rara,
Pero muy cierta,
Estas dos mismas;
Mas ante puesta

Tercia á segunda,
Al hombre cuestan
Mil infortunios
Que al alma llegan.

La cuarta aislada
Por sí campea,
O va despacio,
O á la carrera,
Segun el tiempo
Se le presenta.

Y si por caso
Precede tertia
Del mismo tiempo
Es una muestra.

El todo es cosa
Que poco cuesta,
Tan necesaria
En las escuelas

Como precisas
Las herramientas
Al artesano
Cuando no huelga.

JERÓNIMO COUDER.

Día 5 de Abril de 1875.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

En las comidas de etiqueta, y en particular en las de boda, sobre todo si esta se efectúa en el campo, suele servirse un pavo real, y creemos que algunas de nuestras suscriptoras nos agradecerán que las indiquemos el modo de presentarlo y prepararlo. Es un plato de mucha apariencia y poco coste para las que tengan casa de campo y se dediquen á criarlos.

El pavo real es emblema de Juno: esto es, de lo régio, lo bello, lo sábio y virtuoso.

En la Edad Media solía figurar frecuentemente en la mesa de los reyes en las grandes solemnidades, y se le trataba con un religioso respeto, reservándose tan solo el alto honor de trincharlo el mismo rey, un príncipe ó algún esclarecido caballero á quien se le confería esta distinción en premio de sus hazañas. Desde el principio de la comida se le sacaba con grandes ceremonias y al son de los instrumentos músicos, trayéndole á la mesa la dama más hermosa y más distinguida, escoltada por sus caballeros de honor, y deponiéndole delante del anfitrión ó de la persona más respetable que se hallase entre los convidados.

Esta costumbre debe conservarse hasta cierto punto en nuestros días, toda vez que es un manjar que solo se sirve de tarde en tarde. Así, pues, debeservir el ave la mañana, colocándola delante de la recién casada, encargándose el marido de trincharla. — Pasemos al modo de prepararla.

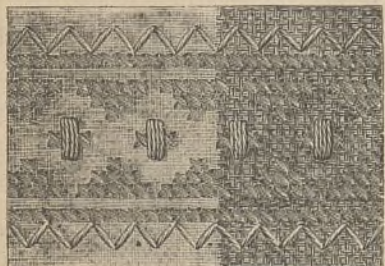
La primera condicion que debe tenerse en cuenta es que el pavo real sea joven, pues si no fuese así, sería imposible comerlo. En vez de desplumarlo como las demás aves, se le quita la piel toda entera con sumo cuidado, para que las plumas no se caigan ni se rompan. Se rellena el cuerpo con trufas y foiegras, como se rellenan las ocas, sazando el relleno con bastantes especias.

Se envuelven las patas y la cabeza con muchos trapos de lienzo para que el fuego no les llegue, y aun así es preciso regarlas continuamente con agua mientras cuece. El penacho, sobre todo, debe conservarse lo más intacto posible. El cuerpo del ave está envuelto en papel cubierto de manteca hasta el último momento, que se le desenvuelve para que se dore con un fuego muy ardiente, retirándole enseguida del asador. Se le deja enfriar, y después se le coloca sobre una plancha de madera de la misma forma que la fuente sobre la cual debe servirse.

En el centro de la plancha hay una especie de aguja muy afilada que se mete dentro del cuerpo del ave para que se sostenga erguido, colocándolo en una actitud natural. La cola se extiende en forma de abanico, sostenida con alambres. La fuente se adorna con perejil, yerbas finas y flores de malva blancas, evitando ponerle flores de colores vivos.

EXPLICACION DE LA MAGNÍFICA LÁMINA DE CONFECCIONES DE VERANO QUE SE DA DE REGALO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS DE AÑO Y MEDIO AÑO.

FIG. 1.^a—*Traje de primavera y verano.*—Vestido de seda á rayas, rosa pálido y blanco, adornado con bieses y volantes de seda lisa rosa fuerte. La túnica está recogida en los costados con un lazo. La costura exterior de las mangas y la berta, terminada con un lazo, son de seda lisa. Gola abierta y mangas de tul: mantilla española.



24. Cenefa de cañamazo.



16. Flores de pluma. Azahar. (Véase el núm. 17).



17. Pétalo para la flor núm. 16.



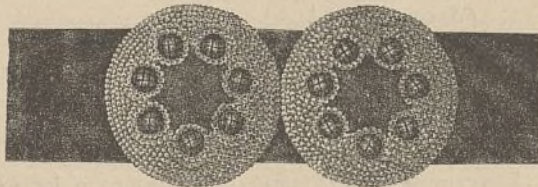
15. Canastilla para escurrir la ensalada.



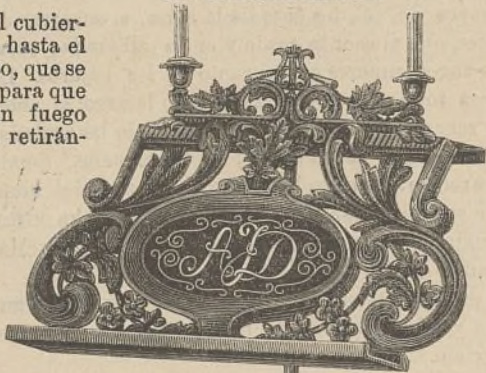
19. Cinta de cuentas



20. Malla para cocer huevos.



21. Broche para cinturón.



26. Atril y alfombra bordados.



25. Cenefa de cadeneta y punto ruso.

FIG. 2.^a—*Traje de novedad.*—Vestido de lana de fantasía verde, adornado por delante con anchos bieses de gros-grain negro terminados con fleco. Manteleta echarpe y túnica de siciliana negra, adornadas todo alrededor con una guirnalda de flores del campo, bordada al pasado con seda de china. Sombrero *Princesa de Gales*, de fieltro gris, adornado con cintas negras de faya y una larga pluma de avestruz blanca.

FIG. 3.^a—*Traje de visita.*—Es de faya negra, guarnecido de encajes también negros. La disposición de los adornos es sumamente distinguida y elegante. El sombrero, de fieltro negro, está adornado con un gran lazo-escarapela de faya, puesto al pie de una larga pluma blanca y claveles encarnados.



18. Flores de lana. Campanilla.

FIG. 4.^a—*Traje para joven.*—La falda es de faya marrón; la túnica y el cuerpo pueden ser de lana, foulard ó tela de fantasía rayada blanco y marrón, siendo los adornos de la tela de la falda, como asimismo las mangas y la espalda. Est último es muy cómodo llevándose los peinados bajos, porque si se ensucia se muda. El adorno de la túnica consiste en una tira de la tela moteada ó bordada, sirviendo de cabeza á un largo fleco.

FIG. 5.^a—*Traje de paseo.*—Vestido de faya gris de hierro. La parte

de atrás de la falda es lisa y dibuja extensa cola; la de delante tableada y con las tablas separadas la una de

la otra, lleva en el bajo un volantito tableado por grupos, y estos debajo de cada tabla, de modo que forma abanico.

Confeccion *Princesa*, de cachemir blanco, entallada por detrás y suelta por delante. La adorna una aplicación de guipure negro que figura capucha en la espalda y rico fleco de borlas todo alrededor. Sombrero adornado con pluma, lazos y pensamientos.

FIG. 6.^a—*Traje elegante de paseo y visitas.*—Vestido de lana de fantasía color de tierra y limosina rayada para los adornos. En la lámina se vé claramente demostrada la disposición del adorno, así como la de la gran tabla Wateau que realza la parte de atrás de la falda y la graciosa manteleta echarpe que completa el traje. Sombrero de panamá, adornado

con cintas rayadas anudadas en torno de la copa y guirnalda de flores de brezo debajo de la copa. Chatelaine de la cual pende un espejo.

EXPLICACION

DEL FIGURIN 1168.

FIG. 1.^a—*Traje para el campo.*—Vestido de foulard fondo blanco, moteado de rosa, guarnecido con volantes blancos cabeceados con seda rosa. El cuerpo, de peto, es de seda rosa y las mangas de foulard hasta el codo, completándose luego con otras de muselina blanca, terminadas con encaje: una camiseta igual completa el cuerpo. Banda de terciopelo negro puesta en bandolera, y sombrero de paja adornado con flores y cintas de terciopelo negro.

FIG. 2.^a—*Traje de paseo.*—Vestido de seda color de almendra, adornado con seda verde. La disposición del delantero es sumamente original y elegante. La túnica vuelve por delante en ancha solapa, sujeta con cintas verdes y botones blancos. Las mismas cintas y botones adornan el pecho. Sombrero de paja con velo bullonado en la copa y descendiendo después sobre la espalda, y ramo de rosas con follaje.

FIG. 3.^a—*Traje para jovencita.*—Vestido de sedalina lila claro, adornado con cintas y lazos de seda azul. Sombrero de paja, adornado con cintas azules y grupo de rosas. Camiseta y mangas de encaje.



23. Espalda del vestido núm. 22.

Acompaña á este número el pliego de dibujos. Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición, recibirán el FIGURIN ILUMINADO, y las de año y medio año la LÁMINA DE REGALO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

CORREO DE LA MODA.

2 de Mayo de 1876.
DIBUJOS PARA BORDADOS.

DERECHO.

- 1.—Babero bordado de sotache.
- 2.—Lazo y ramo de espigas, bordado al pasado y cordoncillo, para tiradores de campanilla, portiers y tiras para adornar muebles. Se borda sobre paño o terciopelo con colores vivos.
- 3.—Ramo destinado á adornar una cesta para llevar la merienda en las escursiones campestres. La cesta es de paja trenzada, lleva á ambos lados el ramo, y en el borde una cenefita parecida. Las hojas se fandan al pasado con verde de muchos tonos, las estrellas blancas y los capullos encarnados.
- 4.—Cenefa bordada á la inglesa, para ténicas de seda ó cachemir.
- 5.—Cenefa para tapete, bordada al pasado, cordoncillo y puntos largos.
- 6.—Bisuto para pañuelo, bordado al minuto y punto de arenilla.
- 7.—Dibujo para sachet.
- 8.—Dibujo para limpa-plumas.
- 9 y 10.—Dibujos para adornar canastillas.
- 11.—Dibujo para una bolsa destinada á guardar los cepillos.
- 12.—Dibujo para taburete de piano.
- 13 á 16.—Cenefas bordadas á la inglesa.
- 17.—Ramito bordado de colores.
- 18 y 19.—L. A: letras floreadas.

REVÉS.

Terminacion del abecedario que se dio en pliegos anteriores, y principio de otro para almohadas, adornadas las letras con un pájaro, desde la A hasta la U.
B D: letras grandes y floreadas para sábanas, y las mismas para almohadas.
U: letra adornada con un pájaro.



Explicación de los dibujos.— Véase el Vestido con las servilletas y mantel para salir de la casa y servilleta con el

1. Cuchara. Este objeto con de ancho por 43 centímetros de largo, que coge los dos lados de la servilleta con el botón, y sirve para sujetar la servilleta y el mantel. Las tiras que sujetan para poder darle el

2. Material: Franela de color de los lunos, o de color negro, y botones de metal. Estos objetos son muy prácticos, y sirven para la conservación de los platos.

El primero contiene para 12 cucharas, pesquitos en dos hileras; tiene 4 centímetros de alto, 4 de ancho y 9 de largo. La parte interior es blanca, frotada de algodón, y se dobla alrededor de los platos.

El segundo es de tela encarnada, bordada y contiene 12 lunos. Empléese un pedazo de 24 centímetros de ancho, doblando los extremos 24 centímetros a doble pespunte con negro, y después de doblar el estremo, se envuelve en tela de negro.

La ropa de mesa es lavada, bordada al azul, y el mantel, con

3. Manera de doblar